

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca. 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 501.

MURCIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1899

La Juventud Literaria

RÁPIDA

¿Que si era hermosa?

No lo sé La ví por vez primera entre dalias, azucenas, pensamientos y otras mil flores. Estaba en su jardín, como buena guardiana de los objetos que le eran más queridos, procurando dar más ambrosía á aquél segundo paraíso. Tan solo puedo asegurar que su hermosura resultaba entre el gran conjunto de belleza y poesía que á la vista del espectador ofrecía su jardín, haciéndola aparecer ante mi imaginación tan discreta, tan hermosa, tan prudente y tan casta que en aquél momento no pude menos de compararla con Xochiquetzal, la diosa que preside los amores platónicos, la rival de Minerva.

Esta fué mi primera impresión.

Procuré darme á conocer, consiguiéndolo fácilmente.

Quise hacerme agradable á sus hijos, á aquellos ojos cuya mirada me trastornaba; requerrila de amores, á cuyo requerimiento accedió, aunque con algún escrúpulo.

Así continuamos algún tiempo creyendo ambos que habíamos nacido el uno para el otro, amándonos como se amaban Pablo y Virginia, condensando en una sola nuestras aspiraciones.

Y cuando mayor era nuestra ventura, cuando era mayor nuestra felicidad, la traidora muerte, esa cavernosa «vieja» que con su guadaña siembra el espanto por donde quiera que va, segó en su juventud la vida de aquella temprana rosa en quien cifraba todas mis aspiraciones, dejando en mi corazón un vacío tan inmenso que se llenará solamente cuando la muerte me lleve

de este mundo en el que no se encuentran más que sufrimientos.

V. DEL PRADO.



VINO TRISTE

¿Qué es esto? ¡Vaya! El Jerez, ese néctar tan suavísimo que al discurrir por las venas adormece los sentidos, en vez de darme alegría ha despertado en mi espíritu los dolorosos recuerdos de un soñado paraíso, que á la luz del desengaño contemplo desvanecido.

Me he equivocado! creyendo entre las ondas del vino encontrar el sonriente placer que tenaz persigo, una copa y otra copa con grato afán he bebido; mas todo inútil... no encuentro el placer que yo imagino y que le brinda á mi alma un bienestar infinito, ¡que por mi suerte maldita huye de mi cuanto ansio!

Acaso, amigos, pensais al oírme, que deliro, porque creéis que el Jerez, mi razón ha oscurecido, y suponeis—¡torpe engaño!—que no sé lo que me digo. ¡No deliro! Igual que antes está sereno mi juicio; es solo que al dulce influjo de ese Jerez que maldigo, se han levantado del fondo del corazón triste mío, como callados espectros del funerario recinto, muchas penas que dormían en el seno del olvido, y ante mis ojos han puesto todo un pasado tristísimo, con mis muertas esperanzas y mis afanes fallidos, con mis retas ilusiones y mis amores marchitos...

Y si el pasado me apena, el presente es tan sombrío y el porvenir tan incierto, que deploro haber nacido si no he de hallar en la vida jamás el bien á que aspiro

ni la gloria que he soñado, ni el tierno y santo cariño que busco ansioso, cual busca el ave el lejano nido, cuando la tormenta azota con la lluvia y el granizo.

¡Triste vida! Yo no creo que sea este mundo el mío si no he de ver en él ya sino solo lo que he visto. Mi mundo no puede ser este lóbrego y moquino donde el fiero desengaño es de la ilusión martirio, donde las dichas se pierden como el humo en el vacío, donde el amor nunca alcanza más premio que el sacrificio, donde hay mujeres perjuras y hacen traición los amigos... ¡Ay! El mundo que yo sueño es un mundo muy distinto!

¿Lo veis? Dichosa alegría hallar bebiendo he querido, pero bien claro contemplo que he equivocado el camino; si, pues en vez de alegrarme el Jerez me ha entristecido, y veo que no es remedio para las penas el vino.

Mas ¿qué importa? Alegre ó triste, jamás mi entereza rindo ni ante el dolor con sus iras ni ante el placer con sus mimos, que en la constante penumbra en que resignado vivo, ni la pena ni la dicha me sacan nunca de tino, porque á ninguna la dejo que absorba todo mi espíritu, y no hay nada que me venza si no me venzo yo mismo.

Me ha puesto triste el Jerez, mas no me doy por vencido, y porque veáis que nada sobre mí ejerce dominio, llenadme otra vez la copa, que voy á ahogar en el vino la tristeza que en mi alma él mismo me ha producido.

J. TOLOSA HERNANDEZ



EL ANDAMIO

Sobre el tablón, sustento de su vida y amenaza perpétua de su muerte, la blusa por el aire sacudida igual que su existencia por la suerte, el albañil emprende su faena, y alegre, joven, con el alma llena de esperanza y amor, suda y se afana, entonando un cantar que al aire sube, envuelto en una nube de cal, que adora el sol de la mañana,

Un día y otro, desde aquellos años que son tan cortos y huyen tan de prisa, en que no tienen voz los desengaños y en que saben las lágrimas á risas, fué aquél tablón su anhelo más querido. El aprendiz que á él sube ya ha vencido, ya es un hombre de obrero consagrado. Allí el bautismo del trabajo se halla, como está el del soldado en el sangriento horror de la batalla.

Hasta él llega por fin; á él rendida su historia entera se halla; aquél madero es toda su fortuna, el compañero constante de las luchas de su vida: firme sobre él proveye su tarea; la blanca blusa en el espacio ondea: tras de un combate formidable y duro cede el tapial del músculo al empuje, y oscilando en el muro, el hombre canta y el tablado cruje.

Canta, pero tal vez en sus canciones hay vibraciones de clarín de guerra, ecos rudos de ahogadas maldiciones contra los poderosos de la tierra. Tal vez al contemplar desde la altura de aquella tabla rota é insegura la multitud que goza y se divierte, siente brotar del fondo de su pecho apetitos de muerte y oleadas de rabia y de despecho,

Tal vez llegue á pensar que en la morada donde dejó pedazos de su vida, por él piedra tras piedra levantada, por él golpe tras golpe construida, habitará el burgues, el caballero, que tiene por insulto y por ultraje el que roce la blusa del obrero el satinado paño de su traje. Tal vez lo piense, y al pensarlo cante, haciendo del cantar grito de guerra, y queriendo decir con arrogante voz á los poderosos de la tierra:

Desde esta humilde tabla os desafío. miradme bien, vuestro edificio es mío, mío desde el remate hasta la planta, mío porque mi mano lo construye, y esta mano es la mano que levanta, pero es también la mano que destruye.

JOAQUIN DICENTA.

